

Hombre de Negro (Un caso de un loco urbano).

Por el borde, siempre por el borde, se desliza, camina con un ritmo siempre constante un hombre vestido con un terno negro, zapatos negros, corbata negra y con lentes de sol absolutamente negros.

Se le ve tranquilo caminando por el borde del acantilado y las playas que orillan el océano Pacífico de Viña del Mar, Valparaíso.

Se le ve calmado, tranquilo, en cierto modo *pacífico*.

Al “Hombre de negro” se le puede seguir en su recorrido. Este lo inicia en 8 Norte con San Martín, en la Playa llamada de Acapulco, desde allí sigue hacia la playa del muelle, después la de los cañones, la de Salinas, Reñaca en todos sus sectores hasta llegar a la playa de Cochoa desde donde retorna. Un circuito de 5 Kms. Que recorre unas dos o tres veces al día. Esto especialmente en las épocas de mayor afluencia de personas, sean estas oriundas o simplemente turistas. De preferencia el señalará que se siente más en casa con las personas que habitan normalmente el sector.

La gente lo reconoce porque su figura se hace habitual. Es el recorrido de Raúl, un psicótico, un loco de esos que se hacen reconocer por los otros de la ciudad, en la diaria reiteración de estas rutinas.

Es de esos mismos que pasado el tiempo y los años, dejan huella en la memoria urbana de las ciudades ya que no suelen ser olvidados fácilmente. En general perduran en la memoria de los otros, mucho más que los Notarios que se dedican a las mismísimas inscripciones, que los alcaldes con las inauguraciones de diversas obras y eventos, que los intendentes o los políticos de turno.

A ellos, si de recordarles se trata, hay que construirles monumentos memoriales con unas placas de inscripción que después de transcurridos algunos años se desdibujan en sus textos y terminan en el olvido.

Estos locos que yo llamaré urbanos, en la reiteración de estos circuitos, parecen inscribir en la retina de los otros una huella que permanece en la memoria, plasmada en las distintas historias que construye el imaginario popular.

A Raúl, que es el nombre de este caminante que mal inscribe producto de su psicosis, se le llama y reconoce como: “Hombre de negro” o “Man in Black “ de acuerdo al goce tan nacional de los chilenos por los anglicismos. De hecho se inscribe en el imaginario de nuestra cultura el denominarnos “Los ingleses de América”.

Los psicóticos antiguamente armaban sus delirios con las sustancias o elementos, generalmente de la química, era algo así como una alquimia psicótica que tenía que ver con algún significante que en esa época denotaba y marcaba cierta relevancia. Lo fue el éter en algún momento, las ondas de la TV después.

Hoy día probablemente los anclajes delirantes se sostienen en las imágenes de turno: Bob Dylan, los superhéroe, en fin, personajes al fin y al cabo de “película”. Porque si se trata de construir la ortopedia de un nombre que le preste una cierta subjetividad posible, entonces la cinematografía lo permite y le otorga un modo de compartir esa identidad más socialmente.

Ante la imposibilidad de inscribirse, de sujetar su propio nombre, necesitan de la suplencia de un gran nombre (algo que se asemeje a un padre) susceptible de ser sostenido en el reconocimiento del otro del semejante.

Una cara del “Sinthome” esta de hacerse un nombre como ocurre con ciertos artistas del arte-brut, ciertos escritores como Joyce y muchos de estos psicóticos urbanos que buscan ser reconocidos como alguien en su ciudad.

Esto a partir de un anclaje con lo Real y/o Imaginario que les permita una cierta tangencia sustraída a lo simbólico.

Se trata de un re-nombre donde opera su ausencia. Algo así como, perder el nombre en “Alicia en el País de las maravillas”. Esta pérdida se restituye día a día en la tarea que estos locos urbanos se imponen de recorrer el borde en aras de una simbolización posible. Búsqueda de ser reconocidos por el otro en un nombre de película. Nombre que sostiene la paradoja de ser un gran nombre (un personaje) y al mismo tiempo posee la irrealidad de ser un nombre de película. En cierto modo fantaseado, imaginario, mentiroso. Una ficción.

Como en los filmes en los que hay que pasar la película cada vez para que la imagen aparezca, Raúl debe recorrer diariamente el borde costero frente al mar como en un anfiteatro que recorte su figura de “Hombre de negro”. Pasa y pasea su imagen ante el ojo del espectador de los otros de su ciudad y en esto de ir pasando se da a ver al otro.

Algo se inscribe. Al modo como Freud lo señalara respecto de la percepción y de su ejemplo del Block maravilloso. Algo que se agota en si mismo, que no genera una inscripción permanente.

Marca que precisa de su borramiento para dar paso a la marca que le sigue.

Algo así como el paso a paso del “Hombre de Negro” que precisa de darse a ver en un cada vez para lograr una cierta constancia perceptual en el otro del semejante.

Raúl recrea el personaje que lo rescata de su no inscripción o borramiento otorgándole una suplencia necesaria que restituye en la función lo que no le fue donado en la estructura.

¿Pero que oscuro contenido se oculta en lo latente que Raúl no cesa de no escribir en lo manifiesto en esto de en-carnar a un “Hombre de negro”?

¿Qué traza significativa se inscribe y des-inscribe en la trama de este delirio?

¿Qué se presenta en esta re-presentación?

El afán de no ceder en interrogar a la psicosis pretende quizás consolidar en la función algo que inevitablemente no se inscribió en la estructura.

Significantes que talvez retornen como destellos tenues de una Bejahung que si bien no alcanzan para el tejido de una trama significativa permitan la consolidación de un “Sinthome” que le permita mal representarse ante los otros.

En este afán, donde hay que cuidar de acotar el goce por querer ir más allá de lo que la estructura determina, se desarrollan algunas entrevistas con Raúl, “El Hombre de negro”.

Al parecer los negros anteojos que cubren sus ojos le permite no perder la memoria del otro delirio que se despliega en el primer brote de su psicosis. Al parecer la película “Los hombres de negro” donde el se identifica le permite emular esto de conservar el recuerdo protegiéndose de la luz que borraba la memoria en los otros.

De estas asociaciones y textualidades de la película, al parecer Raúl quiere decir algo más de lo que dice, en esto de contornear el borde como mero caminante.

Algo se oculta en la memoria de un “Hombre de negro”, que si bien no se puede compartir con el otro, permanece allí protegida por la negrura de los lentes que lo cubren. Lo preservan de la luz. Quizás de su exceso.

“Nadie sabrás que existes, no tendrás contacto humano”

¿Será que los psicóticos buscan restituir un cierto punto de oscuridad donde perdido el nombre se encuentren con una sola letra como ocurre en la película?

Los nombres de K y J son la letra de los “Hombres de negro” de la película.

La de Raúl ¿cual será de tener alguna?

La cuestión de la letra como la Bejahung más esencialmente fundante remite al núcleo de lo Real de la letra que signa o marca esencialmente al Sujeto.

En los psicóticos se produce muchas veces que eso que esa letra no ha sido traspasada por el legado del padre.

De una letra legada a una letra negada se trataría en la psicosis.

Habría que pensar que los neologismos y en general las producciones psicóticas probablemente velan un intento reconstitutivo por encontrar esa letra perdida.

Ya no ese significante primordial sino más bien ese puro Real de la letra que estaría encarnando la marca del Padre, el Uno que en el caso de la psicosis por no adviene.

¿Será el andar de estos psicóticos la búsqueda de ese rasgo perdido?

¿Detrás de que marca anda el sujeto? ¿Detrás de que no deja de andar andando?

En las entrevistas se cruzará el delirio el primer brote que gatilla la psicosis con el delirio que se permite crear a partir de la película.

Ratificación acerca que en un “Sinthome” siempre ancla una cierta traza significativa que opera como destello frágil y evanescente de una afirmación, que en cuanto se inscribe se desdice.

El “Sinthome” que Raúl sostiene en la figura del “Hombre de negro” tiene congruencias asociativas con los contenidos del primer brote de su psicosis donde el fracasa en esto de sostener el lugar del padre cuando adviene el nacimiento de su hija.

Desencadenada la psicosis, la mujer y su familia deciden quitarle la tutoría de su hija con lo cual lo dejan en el lugar del anonimato.

“Te llamas anonimato, el silencio es tu lengua natal.”

Inicia allí el primer delirio o producción delirante en busca de una restitución de un lugar posible respecto de esta pérdida inaugural.

De este modo emprende la recopilación de innumerables certificados que puedan dar testimonio de su identidad y de una paternidad usurpada.

Obtiene y mantiene en su poder dos cédulas de identidad, certificados de nacimiento e inscripciones en el registro civil, todo ello con copias certificadas notarialmente en dos o tres ejemplares.

Intenta restituir por la vía del porre lo que insiste en sustraerse por la vía del levare.

Cuando “El Hombre de Negro” es convocado como Raúl, entonces responde con ritmo recitativo a gran velocidad sus dos nombres y apellidos.

Modo trivial en los psicóticos que repiten su nombre de tal modo como si les asaltase el temor que en caso de no ser dicho de una vez, al parecer ellos mismos lo olvidarían. Vacilación en esto de la enunciación del nombre que da cuenta de la ausencia de inscripción, de la incapacidad de permanecer sujeto a su propio nombre.

Para Raúl la vacilación sólo se puede remediar con tenaces reclamos querulantes apoyados por un sin fin de certificados que testifiquen que él es uno y alguien: un hijo, un padre, un nombre.

Despliega desde los múltiples bolsillos de sus vestimentas papeles con sellos de distinto tipo que aseguran o al menos afirman que él es, quién dice que es.

Se esmera en informarnos que tuvo estudios de informática.

Que esta inscrito como carga de su padre. Que eso lo ratifica en el lugar de hijo de él.

Que tiene una hija que fue inscrita en el registro civil teniendo un padre: el mismo.

Conmueve el afán y los despliegues de tantos testimonios.

Quiere despejar toda duda en nosotros inscribiendo la suya propia cada vez.

Cuenta Raúl que su padre le ha usurpado su lugar al solicitar la potestad de su hija aludiendo que el no era “capaz”. Al parecer la castración que el padre no pudo donar en lo simbólico retorna en la sustracción de su lugar como padre en lo Real.

De ese modo se la han entregado a su ex - mujer.

Raúl dice que no cesará en los intentos por demostrar que el es padre, hijo y alguien.

Algo así como soy el que soy.

Identidad que los papeles inútilmente no restituyen remiten a un aforismo imaginario del tipo:

“Lo que el padre no dona los papeles no lo prestan”

Imposibilidad que lo lleva a Raúl a convertirse en un “Hombre de Negro” que encarna algunas de las sentencias que la película enuncia en el paso de dicha conversión.

“No tendrás marcas que te identifiquen, no resaltarás de ninguna manera”.

“No existes, nunca naciste.”

Raúl de segundo nombre Beda alude a lo vedado, a lo que no le es permitido. Ya desde la escritura de ese su segundo nombre se da a leer esta imposibilidad de nominación a la que el remite en su primer delirio.

“Tu imagen esta diseñada para no dejar rastros en la memoria de quienes conozcas.”

El intento de Raúl por encarnar la figura del “Hombre de negro” busca apropiarse de la condición en la que fue arrojado para insistir en ser alguien no siendo, un modo de romper el destino con el que fue signado.

Me reconozco donde no soy a partir del reconocimiento que el otro del semejante me presta.

“Nosotros somos ellos, aquellos, nosotros somos los hombres de negro.”

Raúl arma un delirio con un personaje de su condición para ir un poco más allá de ella.

Intenta dar un paso más. Como ese paso no alcanza a dejar huella, da varios, todos los necesarios hasta armar un circuito que le retorne algo del reconocimiento del otro.

Nunca estos locos urbanos van a “cualquier lado”.

De hecho existe otro psicótico al que se le apoda “El predicador”. (Si le faltó la palabra del Padre ahora el se toma de esta paroxísticamente). De un modo tal que no se le vaya a desprender o perder por allí.

Esa historia es objeto de otro trabajo.

Este tenía un recorrido que armaba de acuerdo a que a esa hora existiera en ese lugar la mayor cantidad de público.

Era algo así como un experto en marketing de su delirio.

A la hora de las salidas de los cines. En los horarios de máxima circulación de un Mall. A las 12 a la salida del café más concurrido de la ciudad.

Cuidaba a su público.

Nadie transmite la palabra sin feligreses.

Al decir del refrán español: Donde va Vicente...pues donde va la gente”.

No es una andar sin lazo social.

Necesitan al otro en la escena. No son locos desatados. Desabonados quizás pero no desatados ya que si no es a las tres será a la cuarta.

El cuarto nudo, el del “Sinthome” una cierta subjetividad le provee. Día a día. En un cada vez.

Un nudo al que hay que darle “la vuelta” en un cada vez del recorrido.

Creo que aquellos que postulan que estos locos urbanos van a cualquier lado. Que un psicótico no arma una cierta relación temporo-espacial. A ellos les digo, les falta “urbanidad”.

Deleble, provisorio, imaginario, escópico, delirante pero cara a cara el otro del semejante.

A lo mejor tiene algo de los nudos del ilusionista ¿Pero un nudo que es en sí una ilusión, no alude a algo parecido a una metáfora?

¿No le presta por la vía del imaginario un cierto real a la ausencia, no simboliza algo al inscribir la ausencia?

Andar, anudar esa es la cuestión.

Cuando Raúl decide encarnar al “Hombre de negro” quizás atisba que esa es la única forma posible de intentar hacer ilusionismo con una identidad sustraída. Es su anclaje al otro. Su último modo de andar menos perdido. Aunque sea al borde. Hacer tangencia a la neurosis no cambia la estructura pero si puede constituir una salida a la psicosis.

Para Raúl como en la película, su traje negro, su corbata y zapatos negros que completa con sus anteojos de sol absolutamente oscuros constituyen una forma de hacer falta.

Algo así como ¿Quién anda allí?

“Este es el último traje que usarás en tu vida.”

¿Por qué en Raúl “El Hombre de negro” y no otro?

Lo primero es por lo actual. En ese entonces la película estaba en cartelera. Era algo que todo el mundo había visto o esperaba ver. Opera en cierto modo como los restos diurnos.

En segundo lugar el contenido que se desprende de las entrevistas con Raúl.

Son los contenidos del primer brote los que hacen marca en el desencadenamiento de la psicosis los que Raúl no rehúsa.

Los hace suyos como condición de su estructura.

Raúl no es tan loco como para no saber que esta loco.

Estoy donde estoy pero de allí me desplazo.

¿Cómo? Como pueda.

Elige entonces un personaje con todas las características deseables a una escenificación imaginaria. De hecho me relata que antes de iniciar sus recorridos en el baño del Mall se acicala, se peina, se produce como en un camarín de artista.

Son la misma condición que acepta hacer suyas un sujeto cuando decide ser...un “Hombre de negro”. Sólo que para hacer otra cosa.

“No tendrás marcas que te identifiquen, no resaltarás de ninguna manera”.

“No existes, nunca naciste.”

Precisamente decido no resaltar, no existir, no nacer para ser y re-nacer en la mirada del otro.

Des-ser para ser.

¿Resuena verdad?

El panorama de este mdo para “Lhombre de negro” parece menos negro que en el primer brote.

En esto de ser el “Hombre de negro” algún destello de afirmación se vislumbra. Por qué si no ¿existiera algo que iluminara esto de una cierta afirmación.¿ Para que los anteojos oscuros?.

¿Cuál es la necesidad de afirmarse tanto en los papeles y certificados que no alcanzan para luego en este personaje que al parecer algo le provee?

Lo que no afirman los paeles con los cuales delira en el primer brote lo restituye a medio un personaje en el “Sinhome”.

En ambos la negación inicial persiste.

Sólo que en el delirio del “Honbre de negro” este lo afirma. Sabe que es nadie.

Es el ejemplo histórico de una afirmación a partir de una negación que la filosofía nos entrega: Sólo sé que nada sé.

Raúl Beda Jiménez Torres es su nombre oficial.

Su padre ex – oficial de la armada al parecer practicó el aforismo: “donde manda capitán no manda el marinero” y lo dejó navegando en el silencio. Al parecer la orden, con la certeza y la verdad que intenta inscribir no posibilitó la ambigüedad del lenguaje que es consustancial a la lengua. Se impuso el mando y se forcluyó el significante.

Raúl queda por fuera de la lengua, atado a un decir donde la palabra no sostiene la identidad de un nombre.

Donde el padre no lo deja, Raúl queda.

Raúl Beda, al igual que los “Hombres de negro” queda atado a la sentencia del padre que la película le retorna:

“Te conformarás con la identidad que te demos, comerás y vivirás donde te digamos.”

“Eres un rumor, reconocible sólo como “Deja-Vu” y descartado con igual facilidad.”

Raúl es condenado a quedar más acá del padre.

¿Será que el andar, el recorrido del “Hombre de negro” busca ir más allá en los registros que le son posibles?

Por momentos uno podría pensar remitiéndose a estos intentos restitutivos de las producciones delirantes que estos recorridos bordeando el mar obedecen a secretas peregrinaciones en busca del encuentro de un Padre ausente.

Recorridos en nombre del padre como lo son las peregrinaciones religiosas.

Búsqueda de una religadura que encuentre el nudo que falta, ese que atando remite a la falta.

Será su forma de andar esto de hacer pasar algo como en una posta a un hijo al cual no le puede legar un nombre porque le usurpan la patria potestad.

Difícil tarea la de ser padre sin una afirmación.

¿Cómo se dona lo que a su vez no le fue donado?

Raúl que como ya vimos, ante el evento de ser padre se psicotiza.

No puede sostener un lugar al que es convocado porque este no le ha sido previamente legado.

Donación que sin este legado de inscripción previo reaparece como una usurpación imposible.

¿Cómo donar un nombre donde no se reconoce?

A partir de ese primer momento Raúl se desabona de la guía telefónica al decir de Lacan.

“Ya no eres parte del sistema, estas arriba del sistema, por encima de él, más allá de él.”

En el “Sinthome” del “Hombre de negro” algo se restituye.

Raúl no figura en la guía telefónica.

El “Hombre de negro” tiene un número pero que aunque sea pulsado no tiene respuesta significante.

La letra, esa no está en Raúl, tampoco en el “Hombre de negro”.

Esa letra no advino.

¿Qué pasa en los intermedios de las películas?

¿Qué ocurre cuando la función se interrumpe?

Entonces sólo queda la estructura que nos recuerda que los destellos de una Bejahung no alcanzan para modificarla.

Que el “Síntome” no alcanza. Que el “Hombre de negro” no modifica la estructura de psicótica de Raúl.

Raúl, el “Hombre de negro” por momentos no camina.

Deja de orillar el borde costero del océano pacífico. La escena del “Hombre de negro” desaparece de la pupila de los que circulan en la ciudad. No hay función. El “Hombre de negro” deja de estar en cartelera. Son los momentos en que Raúl esta más “equilibrado”, más “estable” como consecuencia de los nuevos fármacos que la química provee.

Cesa la alquimia y se impone la química como las órdenes del padre lo hicieron respecto de la palabra. Raúl repite un ritual mas silencioso como el de callar. Así silente no habla, ni siquiera protesta por las inscripciones que no se verifican. No hurga en sus bolsillos por unas pruebas que le comprueban a él su insuficiencia.

Lo que quizás más se borra es esto acerca que Raúl no re-corre el cuarto nudo que su andar le proveía, en esto de andar y re-hacer todos los días el mismo circuito.

No obstante hace falta.

Los otros se preguntan acerca de ¿Qué será del “Hombre de negro”?

Al parecer no necesitaron tener gafas obscuras para protegerse de perder la memoria.

El andar de Raúl sostuvo y aún retiene ese recuerdo.

Pero hoy día l no anda, se detuvo allí donde el padre lo había dejado en una psicosis pacificada por la olanzapina y ya no por el anfiteatro de un océano que como telón de fondo le permitía pasar día a día la representación de un personaje de película el “Hombre de negro”.

A veces la química no alcanza, entonces Raúl vuelve a las andanzas.

Los autos vuelven a tocar sus bocinas, los niños agitan sus manos en señal de saludo, las señoras mayores más recatadas sólo sonríen, algunos murmuran o abortan el esbozo de un gesto de re-conocimiento.

Raúl, Raúl Beda, “El hombre de negro” sonríe.

Lo hace hasta cuatro veces. La sonrisa pareciera tener no tres sino cuatro pliegues.

Quizás el cuarto lo ve sólo el analista que en al borde de la playa, esta vez como otro más pequeño, insiste en mirar más allá de lo que ve.

La gente, los turistas, los que habitan. Los que moran, los que a su vez recorren miran pasar al “Hombre de negro” y le sostiene en la mirada el andamio de una subjetividad posible.

Nadie pone en duda que Raúl es un personaje de película.

“Estas más allá del sistema, te llamas hombre de negro”.

Estos locos que he dado en llamar urbanos, circulan por la ciudad, pasan, se dan a ver.

Al modo de Dionisio Faúndez hacen del andar un oficio.

Este decía: “mi oficio es andar andando”.

Los locos que circulan por la ciudad, los que andan por la ciudad, podrían decir de si mismos: “mi oficio es ser andando”.

Aunque esto sólo sea posible en el andamiaje que al ser el “Síntome” le presta.

Y si un neurótico es sujeto cuando habla, ¿Por qué no habría estos psicóticos de ser alguien cuando andan?

Quizás no mucho, pero alguien al fin, aunque más no sea en la evanescente levedad del ser.

Hombre de Negro (Un caso de un loco urbano).

Hombre de Negro (Un caso de un loco urbano).

Hombre de Negro (Un caso de un loco urbano).

Alex Droppelmann Petrinovic

Psicólogo Clínico - Psicoanalista
